3566

Don Cesar de Borrán.

14

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

DON CÉSAR DE BAZÁN

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN VERSO

INSPIRADA

EN ALGUNAS ESCENAS DEL **RUY BLAS**, DE VÍCTOR HUGO, Y ESCRITA EXPRESAMENTE PARA LA FUNCIÓN Á BENEFICIO DE LA «ASOCIACIÓN GENERAL DE CORISTAS DE ESPAÑA»

POR

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

ELADIO MONTERO

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO el día 28 de Marzo de 1901.

MADRID
FLORIN, 8, BAJO
1901

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/doncsardebaznzar13814mont

DON CÉSAR DE BAZÁN

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DON CÉSAR DE BAZÁN

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN VERSO

INSPIRADA

EN ALGUNAS ESCENAS DEL **RUY BLAS**, DE VÍCTOR HUGO, Y ESCRITA EXPRESAMENTE PARA LA FUNCIÓN Á BENEFICIO DE LA «ASOCIACIÓN GENERAL DE CORISTAS DE ESPAÑA»

POR

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

ELADIO MONTERO

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO
el día 28 de Marzo de 1901.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1901

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Laura, hija del Conde de Orduña.....	D.ª Felisa Torres.
Leonarda, dueña..	» Aurora Rodríguez.
Don César de Bazán.....	D. José Ontiveros.
Juan Gil, lacayo....	» Anselmo Fernández.
Don Pedro de Bazán.....	» Isidro Soler.
El Conde de Orduña.....	» Manuel Sánchez.
El Marqués de Bernedo...	» Melchor Ramiro.
Lorenzo, paje.....	» Antonio Soriano.
El Duque de Andújar.....	» Vicente Carrión.
Diego, lacayo.....	» Tomás Codorníu.

Damas, caballeros, pajes, soldados de los tercios.

La acción á mediados del siglo XVII.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una plaza de Madrid. Iglesia en último término izquierda, con puerta practicable y gradas.

ESCENA I

JUAN GIL, LORENZO.

JUAN GIL. Larga es la misa.
LORENZO. Y de fijo
para mí será más larga,
porque mi señor, el conde
de Orduña, cuando se acaban
los oficios, aún se queda
embebido en sus plegarias
y hasta que cierran no sale.
¡Doy por hecho que se salva!
JUAN GIL. Por ser padre de tal hija.
LORENZO. Mi señora doña Laura
no necesita oraciones,
porque es un ángel.
JUAN GIL. El alma
diera porque esta librea

609556

de lacayo me cambiaran
por el manto de Santiago
ó la cruz de Calatrava,
para igualarme con ella
y servirla y adorarla.

LORENZO. ¡Tú sueñas!

JUAN GIL. Á todas horas
con este amor que me arrastra.

LORENZO. Pues, por Dios, que la locura
puede costarte muy cara.
Tú, Juan Gil, criado humilde
de un noble, grande de España,
que como tal te desprecia
porque como tal te paga,
¿te atreves á alzar los ojos
amantes hasta una dama
que á todas gana en belleza
y á nadie envidia en prosapia?
¡En mal trance te has metido!
¡Mucho arriesgas con tu audacia
si, por azar, mi señora
del agravio se percata!

JUAN GIL. ¿Y si ya lo sabe?

LORENZO. ¡Cómo!

JUAN GIL. Porque adivina mis ansias
en mis ojos, que el incendio
que me consume delatan.
El amor no disimula,
no se esconde, no se tapa,
porque pronto le descubren
atrevidas llamaradas,
que en el pecho del villano,
como en el del noble, estallan
y de linajes no entienden
y los pergaminos rasgan.

LORENZO. Esperas, pues.

JUAN GIL. De los pobres
media vida es la esperanza.

LORENZO. Pero... ¿hablaste á mi señora?

JUAN GIL. La he llevado algunas cartas
de mi amo, y me mordieron
los celos al entregarlas.

LORENZO. ¿Y adivinó tu suplicio?

JUAN GIL. Sin duda alguna.
LORENZO. ¿Y qué aguardas?
JUAN GIL. Mi señor parte á la guerra;
con él iré. La campaña
de Flandes no es hasta ahora
favorable á nuestras armas;
lucharé como soldado
hasta ceñirme una banda
y, ó no vuelvo, ó cuando vuelva
mía ha de ser doña Laura.
LORENZO. Eres audaz.
JUAN GIL. Me espolean
los amores que me abrasan.
Ella es dama, yo lacayo;
pues ser hidalgo hace falta,
voy á buscar la hidalguía
en los campos de batalla.
LORENZO. ¡Chist! que de la iglesia sale
tu amo.
JUAN GIL. Sí; le acompañan
como siempre el de Bernedo
y el de Andújar. Ven, aparta.
Y hasta salir la condesa
quiera Dios que no se vayan.
(Se retiran al segundo término derecha, donde durante la escena siguiente continúan hablando en voz baja.)

ESCENA II

DON PEDRO DE BAZÁN. EL DUQUE DE ANDÚJAR.
EL MARQUÉS DE BERNEDO.

BERNEDO. Y yo aseguro, señores,
que no se puede en España
vivir; el rey abandona
los negocios, va de caza
al Pardo, ó en el Retiro
dispone fiestas y danzas
y distraen su pensamiento
monteros y comediantas.
Los empleos se reparten

sin tino, los pueblos alzan
su voz en vano, á los tercios
de Flandes no se les paga
y es la corte...

PEDRO. Lo que siempre
ha sido; bien á las claras
se ve que sois enemigo
del conde duque.

ANDÚJAR. ¿Y las bandas
de atrevidos malhechores
que nos roban á mansalva
y campan por sus respetos
con más poder que el monarca?
¿Negaréis que es imposible
salir de noche de casa
sin que os alivien la bolsa
ú os maten á cuchilladas?

PEDRO. Vos respiráis por la herida.

ANDÚJAR. Porque todavía sangra.

BERNEDO. Pero ¿es cierto lo que cuentan,
duque?

ANDÚJAR. Sí; por mi desgracia.
Volvía yo cierta noche...

BERNEDO. ¿De dónde?

ANDÚJAR. No importa nada
de dónde, cuando de pronto
salieron ocho fantasmas
de entre las sombras. «¡Teneos,
les dije, y la calle franca
dejad al duque de Andújar.»
No contestó la canalla;
pero al punto en que furioso
iba á desnudar la espada
me sujetaron dos puños
fuertes como dos tenazas,
y cuando pude zafarme
revolviéndome con rabia,
ya no encontré la ropilla
ni el sombrero ni la capa.
Me dejaron los calzones
y los zapatos por lástima.

BERNEDO. Pero ¿y la ronda?

ANDÚJAR. La ronda

me encontró helado y sin habla
y dejó que los malvados,
riéndose á carcajadas,
nos diesen las buenas noches
desde la esquina inmediata.

BERNEDO. Sí fué pesada la burla.

ANDÚJAR. Más que la burla pesada
sentí perder la ropilla,
que era encanto de las damas,
con su cintillo de piedras
y sus bordados de plata.

PEDRO. ¡Si os recogierais temprano
en vez de salir á caza
de aventuras!

ANDÚJAR. ¿Y vos, conde,
lo decís? ¡Vos, á quien mandan
fuera de la corte ahora
por un lance que os da fama!

PEDRO. Pero á mí no me ha lanzado
amor á empresa tamaña.
Siempre la casa de Orduña
fué rival de nuestra casa,
ya lo sabéis. Los favores
pretendí de doña Laura,
más que por el goce de ellos
por el gusto de humillarla.
Pero el fantasmón del padre
pudo descubrir la trampa
cuando la dulce paloma
iba á caer en mis garras,
y para vengar su agravio
fuése á quejar al monarca,
que me da una compañía
para que á Flandes me vaya.
Pero tendida en la sombra
dejo mi tela de araña
y os juro que pronto en ella
caerán el viejo y la dama.

BERNEDO. ¿Qué intentáis?

PEDRO. Vengarme.

ANDÚJAR. ¿Cómo?

PEDRO. ¿Qué diríais si lograra
que la orgullosa doncella

á quien debo mi desgracia
fuese la pública amante
del perdido más canalla
que se encontrara en la corte,
de un pícaro de la casta
de aquellos ocho bandidos
que os dejaron sin la capa?

ANDÚJAR. Que erais el diablo.

PEDRO. Pues dadlo
por hecho.

BERNEDO. ¡Será la hazaña
digna de vos!

PEDRO. Ved, señores;
que me hieren por la espalda,
en vez de pedirme cuentas
de la ofensa cara á cara,
y que á la intriga contesto
con la intriga.

ANDÚJAR. Ya se acaba
el sermón. La gente sale.

PEDRO. La esperaré para hablarla.

BERNEDO. ¿Os atreveréis?

PEDRO. Me atrevo
á todo por la venganza.

ESCENA III

DAMAS, CABALLEROS, DONCELLAS y LACAYOS, que salen de la iglesia.

Música.

CABALL. Permitid, señora,
que hasta vuestra casa
de escudero os sirva
quien de amor se abrasa;
que con luz del cielo,
con divino encanto,
vuestros ojos brillan
á través del manto.

DAMAS. Que de mí se aparte

pido al caballero,
pues del templo salgo
y pecar no quiero,
ni escuchar palabra
que me mueva á risa,
ni atender requiebros
al salir de misa.

CABALL. Es que si en la iglesia
me postré de hinojos,
fué por vos, señora,
que no fué por Dios;
y pues los culpables
fueron vuestros ojos,
si él no me perdona,
consoladme vos.

DAMAS. Consolar al triste
manda la doctrina;
pero no hasta el punto
de ofender á Dios,
para que se agote
la bondad divina
y en lugar de un alma
se condenen dos.

CABALL. La mía tengo
ya condenada
por los desdenes
de una tapada
que, aunque insensible
dice que no,
con su donaire
me la robó.

DAMAS. Pues yo la mía
que triunfe espero
de la osadía
de un caballero
que me persigue
sin comprender
que me pudiera
comprometer.

CABALL. Decidme al menos
si he de esperar.

DAMAS. Quitad de enmedio,
dejad pasar.

CABALL. Perdonad.
DAMAS. Apartad.

(Las mujeres avanzan para marcharse por la derecha. Los caballeros las siguen.)

CABALL. Permitid, señora, que hasta vuestra casa
de escudero os sirva quien de amor se abrasa;
que con luz del cielo, con divino encanto,
vuestros ojos brillan á través del manto.

(Vanse.)

ESCENA IV

DON PEDRO, BERNEDO, ANDÚJAR.

Hablado.

ANDÚJAR. Vuestra condesita sigue
rezando.
BERNEDO. Sólo ella falta.
PEDRO. Pero he de hablarla y la espero.
BERNEDO. ¿Y cuándo partis?
PEDRO. Mañana.
Por aquí mi compañía
vendrá de paso al Alcázar.
ANDÚJAR. Buen viaje, pues.
PEDRO. Gracias, duque.
BERNEDO. Y suerte en la guerra
PEDRO. Gracias,
marqués; pero aún pienso veros
antes de emprender la marcha,
en la fiesta del palacio
de Orduña.
BERNEDO. ¿Tendréis la audacia
de asistir?
PEDRO. Públicamente
no hemos reñido, y la entrada
no han de negarme.
BERNEDO Hasta luego.
ANDÚJAR. Adiós. (Vanse el Conde de Bernedo y el Duque de Andújar.)

ESCENA V

DON PEDRO. JUAN GIL.

PEDRO. Que no me dejaban
pensé. (Llamando.) ¡Juan Gil! Dispongamos
la red.
JUAN GIL. (Saliendo.) Señor...
PEDRO. Ven. ¿Reparas
en aquel hombre de aviesa
catadura, que se tapa
con una capa andrajosa
en un rincón de la plaza?
JUAN GIL. Sí.
PEDRO. Pues vé y díle que venga
al punto.
JUAN GIL. ¿Y si se negara?
PEDRO. No se negará; citado
le tengo aquí.
JUAN GIL. Voy.
PEDRO. Aguarda.
Traes después dos alguaciles
y de orden mía les mandas
que se queden emboscados
cerca, por si hicieran falta. (Vase Juan Gil.)
El plan es digno del diablo,
que sin duda me acompaña
en la empresa. ¡Oh! cuando torne
de Flandes, si no me matan,
ya habrán sabido el de Orduña
y el rey que no se acobarda
don Pedro, aunque le destierren,
y esgrime todas las armas.

ESCENA VI

DON PEDRO, DON CÉSAR. Al fin JUAN GIL. TRES ALGUACILES.

CÉSAR. Os beso las manos.
PEDRO. ¡César!
CÉSAR. El mismo que viste y calza

si es calzarse llevar presos
los pies en unas piltrafas
de cordobán, y es vestido
esto que traigo por capa.

PEDRO. Y al verte ¿no te sonrojas?

CÉSAR. No me miro ni en el agua.

PEDRO. ¡Harapiento tú! ¡Don César
de Bazán, grande de España,
conde de Torre del Duero,
señor de Amusco y Villada,
y primo mío, y pariente
del de Lerma!...

CÉSAR. Bueno, basta.
Todo eso fuí, pero ahora
mi alcurnia empingorotada
se ha borrado, y no me pesa,
ni deseo recobrarla.
Don César murió ha diez años,
¿no es eso, primo? ¡Dios le haya
perdonado! Ya no queda
más que Alonsillo Garrafa,
sin tierras y sin lacayos
y sin cintillos de plata,
pero que, aunque tiene rotas
las faltriqueras, aun pasa
por adorno de la corte
en tabernas y en posadas.
Duerme al raso, come y bebe
cosas de poca sustancia,
vive libre como el aire
y alegre como unas pascuas,
y es sepulcro de mendrugos,
estercolero de raspas,
consejero de bellacos
y firme sostén de daifas.
Tal en tu presencia, primo,
le tienes, y en ella aguarda
con su apostura más noble
saber para qué le llamas.

PEDRO. Para salvarte.

CÉSAR. Agradezco
la intención. Por hoy me salvas
con un pastelón de liebre

y un jarro de lo de Arganda.

PEDRO. Don César, esto no puede
seguir; yo parto mañana
para la guerra.

CÉSAR. Bien hecho;
hombres como tú hacen falta
en nuestras banderas. Sigue.

PEDRO. El honor de nuestra casa
exige que si yo muero
tú lo sostengas.

CÉSAR. Me falta
la hacienda, que he derrochado.

PEDRO. Yo he de protegerte.

CÉSAR. Gracias;
pero si me dieras otra
volvería á derrocharla.

PEDRO. Es necesario que cambies
de vida.

CÉSAR. Si esta me agrada,
¿por que?

PEDRO. Porque me avergüenzas.

CÉSAR. Nadie me conoce.

PEDRO. Basta
que lo sepa yo. Te he visto
siempre en amor y compaña
de una tropa de truhanes
y pillos de la más baja
estofa.

CÉSAR. Mis compañeros;
gentes alegres y llanas
que mis pasadas grandezas
jamás me han echado en cara.

PEDRO. Sé que esa turba de pícaros
arremetió á cuchilladas
contra la ronda.

CÉSAR. Es posible;
hay entre ellos gente brava.

PEDRO. Tú ibas al frente.

CÉSAR. ¿Yo? ¡Primo!
¡yo no desnudo mi espada
para tan ruines empresas!

PEDRO. Sé que el ladrón *Uñas largas*,
que es el terror de la corte,

por amigo tuyo pasa.

CÉSAR. Es un alma compasiva
que me arroja las migajas
de su merienda. ¡Qué quieres!
el hambre envilece el alma.

PEDRO. El y su cuadrilla roban
cuanto pueden.

CÉSAR. Malas mañas
que han aprendido sin duda
de los que limpian las arcas
del tesoro, y se divierten
y triunfan con lo que sacan.

PEDRO. Pero aún hay más.

CÉSAR. Sí lo creo.

PEDRO. Dicen que capitaneabas
la turba de foragidos
que de la ronda en las barbas
desnudó al duque de Andújar
al ir de noche á su casa.

CÉSAR. Me contaron la aventura
y sentí no presenciarla,
porque debió ser chistosa.

PEDRO. Sí; le robaron la capa,
el sombrero y la ropilla. . (D. César abre la capa andrajosa y descubre riéndose una magnífica ropilla nueva.)

CÉSAR. ¿Es ésta?

PEDRO. ¿Y tienes la audacia
de confesarlo?

CÉSAR. Confieso
que la prenda es una alhaja,
y por venir de quien viene
tengo á gran honor usarla.

PEDRO. ¡César!

CÉSAR. No te asustes, primo.
Es regalo de *Uñas largas,*
que me encontró tiritando
de frío, y me tuvo lástima.

PEDRO. ¡Que llegues á tal extremo!

CÉSAR. Don Pedro, las cosas claras:
supongo que no me buscas
para endilgarme una plática
de padre prior. Al grano,

y pronto, que el tiempo pasa.
¿Qué me quieres?

PEDRO. Demostrarte
que tu miseria me espanta
y deseo que dispongas
de mi bolsa.

CÉSAR. Esas palabras
valen por veinte sermones. (D. Pedro entrega á D. César un bolsón con dinero.)

PEDRO. Toma. Luce, triunfa, gasta,
que mientras mi ausencia dure
tendrás cuanto te haga falta.

CÉSAR. Reconozco en ti mi sangre
generosa. Vamos, habla
sin miedo. Me necesitas,
puesto que así me regalas,
¿verdad?

PEDRO. Quiero que me ayudes
en una empresa arriesgada.

CÉSAR. Mi brazo es tuyo. A mi lado
tengo toda la canalla
de Madrid.

PEDRO. Quiero vengarme.

CÉSAR. Te vengarás. Quien te agravia
me agravia á mí y á la espuma
de los pícaros de España.
¿Hay que asaltar un palacio?
¿Hay que batirse á estocadas
con alguien? Dale por muerto
al punto.

PEDRO. No; no hace falta
la fuerza; basta la astucia.

CÉSAR. Lo siento, pero tú mandas.

PEDRO. Durante mi ausencia quiero
preparar una emboscada.

CÉSAR. La prepararé; soy hábil
en eso.

PEDRO. Para que caiga
una mujer.

CÉSAR. ¿Cómo has dicho?

PEDRO. Una niña.

CÉSAR. ¡Atrás, canalla!

PEDRO. ¡César!
CÉSAR. Ahora sí; soy César,
el noble, el grande de España.
¡Toma tu oro, que me quema
las manos! ¡Tu bolsa guarda
y empléala en quien te siga
en sus acciones villanas!
Mándame arrasar un pueblo
acuchillando las guardias,
y conquistar fortalezas
trepando por las escalas,
y en sangre teñir el hierro
al impulso de la rabia;
¡los hombres contra los hombres,
frente á frente y cara á cara!
Pero atraer á una alondra
que alegre en los cielos canta,
tender un lazo á una niña
sencilla, inocente y cándida,
para gozar con sus penas,
para embriagarse en sus lágrimas,
ni lo pienses, ni lo digas,
ó te arranco las entrañas.
PEDRO. ¡Ja, ja, ja!
CÉSAR. (Asombrado.) ¡Cómo! ¿Te ríes?
PEDRO. Sí; me alegro de que salgas
de la prueba airosamente.
Venga acá esa mano.
CÉSAR. (Después de dudarlo.) Vaya. (Sale Juan Gil.)
JUAN GIL. (Aparte á D. Pedro.) Señor, ya los alguaciles
vuestras órdenes aguardan.
PEDRO. (Aparte á él.) Que se acerquen. (Vuelve á marcharse Juan Gil.)
CÉSAR. Yo celebro
que la historia sea falsa.
PEDRO. Sí, primo; intenté probarte.
Voy á salir á campaña
y quiero que tú disfrutes
mi fortuna, si me matan.
Veo que eres digno de ella
á pesar de tus hazañas,
que si han manchado tu nombre,
no han envilecido el alma.

CÉSAR. Eso no, que todavía
conservo el culto á las damas,
gracias á Dios.

PEDRO. ¡Norabuena!

(Le da ambas manos para estrechárselas y se las sujeta fuertemente.)

¡A mí la ronda! (Salen Juan Gil y tres alguaciles.)

CÉSAR. (Forcejeando.) ¿Qué trampa
es ésta? ¡Suelta!

PEDRO. Prendedle.

CÉSAR. ¡Cómo!

PEDRO. Quitadle la espada.

CÉSAR. ¡Ah, cobarde!

PEDRO. Es buena presa:
uno de los de la banda
que robó al duque de Andújar.

CÉSAR. ¡Mientes!

PEDRO. Quitadle la capa. (Los alguaciles lo hacen.)
Ved la ropilla del duque.
Llevadle.

ALGUACIL. Ya no se marcha.

CÉSAR. ¡Saldré de la cárcel, primo,
y ay de ti cuando yo salga!

(Llévanse los alguaciles á D. César.)

PEDRO. A punto estuve de echarlo
á perder todo. Y es lástima,
que le sobra ingenio al mozo
para ayudarme en la trama.
Pero ¡vive Dios! que tengo
al hombre que me hace falta.
Juan Gil.

JUAN GIL. (Adelantándose.) Señor.

PEDRO. Tú no vienes
conmigo á Flandes.

JUAN GIL. (¡Mal haya
mi suerte!)

PEDRO. No; tú te quedas
al cuidado de mi casa.
¿No te alegra la noticia?

JUAN GIL. Señor, es que en la campaña
puedo hacer fortuna.

PEDRO. ¡Necio!

¿No sabes tú que á mansalva
se medra más en la corte
que en los campos de batalla?

JUAN GIL. Pero un lacayo...

PEDRO. ¿Qué dieras
por ser caballero?

JUAN GIL. El alma
si queréis.

PEDRO. No pido tanto.
Para encumbrarte me basta
que ciegamente obedezcas
mis órdenes reservadas.

JUAN GIL. Por subir estaré siempre
dispuesto á todo.

PEDRO. Pues anda,
vé al punto á mi guardarropa
y escoge lo que te plazca.
Hoy vas á cambiar de nombre
y condición.

JUAN GIL. Pero...

PEDRO. Aguarda,
que van á cerrar la iglesia
y sale aquí doña Laura.

(Aparecen en la puerta del templo el Conde de Orduña, Laura y Leonarda. En seguida del lado contrario sale Lorenzo y se une al grupo.)

ESCENA VII

DICHOS, EL CONDE DE ORDUÑA, LAURA, LEONARDA, LORENZO.

PEDRO. Guardeos Dios.

ORDUÑA. Y á vos os guarde.

PEDRO. Señora... (A Laura.)

ORDUÑA. Seguid, Leonarda.

PEDRO. Perdonad, conde, un momento.

ORDUÑA. ¿Qué queréis?

PEDRO. Una palabra.
El rey me envía á la guerra
y vos no ignoráis la causa.

ORDUÑA. Por eso me maravilla
vuestro atrevimiento.
LAURA. (Volviéndose hacia él airada.) Basta,
caballero, me ofendisteis
al asaltar mi ventana
como un bandido.
PEDRO. Señora,
mi amor disculpa mi falta.
ORDUÑA. Á no creer tal disculpa
y á no mediar la palabra
que me disteis de que todo
fué un error... yo no buscara
en el destierro un castigo
que pudo daros mi espada.
PEDRO. Por eso al partir, acaso
para no volver, las gracias
os quiero dar, y pediros
indulgencia.
ORDUÑA. Id, y que no haya
más que hablar.
PEDRO. ¿Y vos, señora?
LAURA. Perdono también.
PEDRO. La palma
os lleváis en la belleza
como en la bondad. (La besa respetuosamente la mano.)
LAURA. Me engaña,
intrigará por vengarse
en cuanto pueda.
LEONARDA. (¡Qué labia
tiene el pícaro!) (Vanse el Conde, Laura, Leonarda y Lorenzo.)
JUAN GIL. (¡Qué hermosa!
¡Es imposible no amarla!)
PEDRO. ¿Qué te parece esa joven,
Juan Gil?
JUAN GIL. Señor, una santa.
PEDRO. ¿Eres ambicioso?
JUAN GIL. Mucho.
PEDRO. Pues ve á vestirte mis galas,
y mientras peleo en Flandes
en defensa de la patria,
tú aquí ocuparás mi puesto.

JUAN GIL. Poned á prueba mi audacia.
PEDRO. ¡Juan Gil! Te mando que seas
el amante de esa dama. (Vase Juan Gil.)

ESCENA VIII

DON PEDRO, SOLDADOS.

Música.

PEDRO. Ya que despreciarme
quiso esa mujer,
para mi lacayo
por fuerza ha de ser.
La fortuna está
clara para mí,
la victoria allá,
la venganza aquí.
CORO. (Dentro.) Por la bandera á pelear
vamos, soldados, con valor,
la juventud á derrochar
entre la guerra y el amor. (Salen.)
PEDRO. Mi compañía viene á buscarme;
todos contentos á Flandes van.
CORO. Ya estoy dispuesto para marcharme
cuando lo ordene mi capitán.
PEDRO. A la guerra, soldados,
el rey me envía,
y al rey defenderemos
con valentía,
probando que los tercios
de nuestra tierra
terribles como el rayo
son en la guerra.
(El coro desnuda las espadas y avanza briosamente.)
TODOS. ¡Guerra! Libre y desnudo
brille el acero,
que ardiendo está en combates
el mundo entero.
Contra todos España
pelea sola,

y va regando el mundo
sangre española.
¡A morir va dispuesta
la compañía,
y al rey defenderemos
con valentía,
probando que los tercios
de nuestra tierra
como el rayo terribles
son en la guerra!
Por la bandera á pelear
vamos, soldados, con valor,
la juventud á derrochar
entre la guerra y el amor.

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Sala en el palacio del Conde de Orduña. Puerta al foro y laterales.

ESCENA I

LEONARDA por la izquierda, LORENZO por el foro.

Hablado.

LEONAR. ¡Lorenzo!
LORENZO. (Saliendo.) Mande Leonarda.
LEONAR. Mando que tengáis prudencia
tú y las doncellas y pajes
que en la antecámara esperan,
que alborotáis demasiado
y vuestros murmullos llegan
al estrado.
LORENZO. No se puede
contener á tantas lenguas.
LEONAR. Pues veníos á esta sala,
que al menos no cae tan cerca.
LORENZO. Seréis servida.
LEONAR. Yo no,
mi señora la condesa. (Vase izquierda. Al ir á retirarse también Lorenzo aparecen en la puerta del foro el Marqués de Bernedo y el Duque de Andújar.)

ESCENA II

LORENZO, EL DE ANDÚJAR, EL DE BERNEDO.

BERNED. Anuncia nuestra llegada.
ANDÚJAR. ¿Hay mucha gente en la fiesta?
LORENZO. Mucha.
ANDÚJAR. ¿Ha venido don Pedro
de Bazán?
LORENZO. Aún no.
ANDÚJAR. Bien, entra. (Vase Lorenzo izquierda.)
BERNED. Lo que os dije. ¡No se atreve!
ANDÚJAR. Eso es hacerle una ofensa.
No conocéis á don Pedro
al dudar de que se atreva.
BERNED. Pues apuesto á que no viene.
ANDÚJAR. Queda aceptada la apuesta.

ESCENA III

DICHOS, DON PEDRO, después JUAN GIL (de caballero). Al fin LORENZO.

PEDRO. Y vos la ganáis, Andújar,
porque heme aquí.
BERNED. ¡Admiro vuestra
osadía!
PEDRO. No os admire;
á la puerta de la iglesia
hice las paces y tengo
sosegada la conciencia.
BERNED. ¿Renunciáis á la venganza?
PEDRO. ¿Y qué hacer si me destierran?
Mas dejo en mi puesto al hombre
que habrá de encargarse de ella.
Pasad, primo. (Alza la cortina de la puerta del foro y sale Juan Gil.)
ANDÚJAR. ¡Cómo! ¿Vuestro

lacayo? (Juan Gil, acobardado, se descubre resptuosamente.)

PEDRO. Lo fué, y conserva
del servicio la costumbre
que veis. Cubríos, don César.

BERNED. ¿César decís?

PEDRO Justamente.

JUAN GIL. (Señor...

PEDRO Sigue la comedia.)
César de Bazán, mi primo,
que escapó á lejanas tierras
perseguido de acreedores
y acribillado de deudas,
pero torna arrepentido.
Su conversión puse á prueba
y de criado le tuve.
Convencido de que es cierta,
le hago recobrar su nombre
y en la corte se presenta
como tal.

BERNEDO. Sed bien venido.

PEDRO. (Presentando.) Don Luis Téllez Talavera,
marqués de Bernedo, nuestro
pariente. Don Juan de Uceda,
duque de Andújar y amigo
de tu familia

ANDÚJAR. Que estrecha
vuestra mano.

JUAN GIL. Yo á gran honra
lo tengo.

PEDRO. Como mi ausencia
ha de durar, yo, señores,
os suplico que á don César
ayudéis.

ANDÚJAR. Contad con ambos.
¿Qué endiablada intriga es ésta?

BERNEDO. Allá lo veremos, duque. (Sale Lorenzo.)

LORENZO. Pasen vuestras excelencias.

BERNEDO. Entrad vos.

JUAN GIL. No; vos primero. (Vanse Bernedo y Andújar.)

PEDRO. Juan Gil, tu campaña empieza.
No olvides que necesito

que Laura te pertenezca.

JUAN GIL. Señor, la deseo, y mía
será de grado ó por fuerza.

PEDRO. La calumnia á veces mancha
más que la deshonra cierta.
Si no triunfas, haz de modo
que todo el mundo lo crea. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA IV

LORENZO, DONCELLAS, PAJES.

Música.

LORENZO. Entrad sin hacer ruido,
pues manda mi señora
que en esta sala todos
esperen desde ahora
para que los rumores
de la conversación
no estorben á las damas
que están en el salón.

CORO. Es tarea inútil
hacernos callar
cuando hay en la corte
tanto de qué hablar.
Mientras soldados y labradores
padecen tanto con los rigores
de la penuria, de la escasez,
hay abundancia, fiestas y amores
en los palacios de los señores
y en el Retiro y en Aranjuez.

LORENZO. Eso es horrible
y eso es atroz,
pero ¡silencio!
bajad la voz.

CORO. Son muy sencillos nuestros deberes,
son siempre iguales nuestros quehaceres:
guardar secretos, ir y venir,
llevar cartitas de las mujeres,
abrir postigos, buscar placeres

y silenciosos ni ver ni oir.

LORENZO. Tened cuidado,
que á lo mejor
hasta el estrado
llega el rumor.

TODOS. No importa á nadie lo de la guerra,
porque el desastre no alcanza aquí;
sangre y tesoros traga la tierra,
pero en festejos arde Madrid.
Tened cuidado,
que á lo mejor
hasta el estrado
llega el rumor.

ESCENA V

DICHOS. LAURA, luego JUAN GIL. Al fin D. PEDRO, BERNEDO, ANDÚJAR, CABALLEROS.

Hablado.

LAURA. Despejad.

LORENZO. (Al coro.) Ya lo oís. Vamos más lejos
y ya nos echarán. Llueven despejos. (Vanse por la derecha.)

LAURA. ¡Es él! Es el criado
que insolente á mirarme se atrevía.
Y si humilde era audaz, ya su osadía
nuevo temor añade á mi cuidado. (Sale Juan Gil.)

JUAN GIL. Señora, huís de mí.

LAURA. (Reponiéndose.) No; caballero;
no huyo de vos, y si me dais licencia
vuelvo á la estancia, que tal vez mi ausencia
se haya echado de ver.

JUAN GIL. Oíd primero.

LAURA. Pero no á solas. (Pretendiendo salir.)

JUAN GIL. (Deteniéndola.) Sí; que á solas quiero
explicaros quién soy.

LAURA. Ya oí la historia.

JUAN GIL. Pero ignoráis tal vez que del abismo
llego hasta vos, que para mí es lo mismo

que llegar á las puertas de la gloria.

LAURA. Yo no os puedo escuchar. Dejadme paso.

JUAN GIL. Y yo he de suplicaros, aunque sea
castigado después.

LAURA. (Despreciativa.) ¿Querréis acaso
seguir siendo lacayo sin librea?

JUAN GIL. No os enojéis, señora; los enojos
aparecer os hacen más hermosa,
encendiendo la llama misteriosa
que viva resplandece en vuestros ojos,
y aquella chispa que abrasó al lacayo
puede en el noble convertirse en rayo. (La toma amorosamente una mano.)

LAURA. (Airada.) ¡Don César!

JUAN GIL. (Arrodillándose sin soltar la mano.) Perdonad; arre-
[pentido
á vuestras plantas me tenéis rendido.

LAURA. Alzaos por favor.

JUAN GIL. Mírenme al menos
vuestros ojos tranquilos y serenos.

(En este momento, Juan Gil arrodillado y Laura procurando desasirse, aparecen por la izquierda Don Pedro, el Marqués de Bernedo, el Duque de Andújar y otros caballeros. Don Pedro, que sale delante de todos, se detiene enseñando á los demás el grupo y riéndose á carcajadas.)

PEDRO. ¡Están aquí!

LAURA. (Avergonzada.) ¡Jesús! soltad la mano.

JUAN GIL. Vuestro he de ser, señora, hasta la muerte.

(Juan Gil suelta la mano de Laura; ésta, haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad, vase por la izquierda saludando á los caballeros, que la dejan franco el paso y la saludan conteniendo la risa.)

LAURA. Caballeros... (Vase.)

PEDRO. ¡Don César tiene suerte!
Ved. Vino, vió y venció... ¡Como el romano!

ESCENA VI

JUAN GIL, DON PEDRO, EL DE ANDÚJAR, EL DE BERNEDO, CABALLEROS.

Música.

DON PEDRO y CORO.

¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Qué avergonzada
la niña va!
Envidio la grandísima
fortuna de galán.
Reciba nuestros plácemes
don César de Bazán.

JUAN GIL. Soy un esclavo de su hermosura,
rendido amante siempre he de ser;
pero me pesa que esta aventura
cause tormentos á esa mujer.

CORO. ¡Ja, ja, ja, ja!
¡Bueno estará
que al caballero
le pese ya!

PEDRO. El la idolatra (Burlonamente)
y ella le adora;
sed compasivos
para los dos.

CORO. Mudos seremos
ya desde ahora.

PEDRO. Y adiós, señores.

CORO. Adiós.

JUAN GIL. Adiós.

(Vanse Don Pedro y Juan Gil.)

CORO. ¡Ja, ja, ja, ja!
¡Bueno estará
que al caballero
le pese ya!
Envidio la grandísima

fortuna del galán.
¡Qué suerte tiene el pícaro
don César de Bazán!
¡Ja, ja, ja, ja!
¡ja, ja, ja, ja!
¡Qué avergonzada
la niña está!

(Vanse riendo.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

Sala en casa de Don Pedro. Dos puertas laterales y dos en el foro Entre estas últimas, chimenea grande. Mesa con dos sillones en el centro. A la izquierda un armario, á la derecha una alacena.

ESCENA I

Al hacerse la mutación sale JUAN GIL por la izquierda y abre la puerta del foro derecha, por donde en seguida entra LEONARDA.

JUAN GIL. Entra. ¿Te han visto?
LEONARDA. No; nadie.
JUAN GIL. ¿Qué nuevas me traes?
LEONARDA. Muy buenas.
Cumplido está vuestro encargo
punto por punto.
JUAN GIL. Si llega
á lograrse mi deseo,
ha de ser la recompensa
grande.
LEONARDA. No os ayudaría
si no contase con ella.
JUAN GIL. ¿Convenciste á doña Laura?
LEONARDA. Del todo. Ya la novela
juzga verdadera historia.
Díjela que una doncella,
sobrina de un mi pariente
que ha poco murió en la guerra,
quiere hablarla de secreto
aquí, que importa que sepa

lo que tiene que decirla
y no se atreve á ir á verla
al palacio, porque acaso
grave peligro corriera.

JUAN GIL. ¿Vendrá?

LEONARDA. Sin duda. Es curiosa
y el misterio la interesa.

JUAN GIL. Y ¿has dejado mi billete
en sitio en que el conde pueda
verlo?

LEONARDA. No tengáis cuidado,
lo verá cuando convenga.
Caerá en la red la paloma,
el padre querrá la ofensa
vengar, y no hallará modo
más que casaros con ella.
¡Ah, picarillo! ¡Qué suerte
tenéis!

JUAN GIL. (Dándola una bolsa con dinero.) Toma; vé y arregla
las cosas para que pronto
lo que ha de ocurrir suceda.

LEONARDA. De aquí á un momento os la traigo.
Tratadla bien; ¡es tan buena!

JUAN GIL. Descuida.

LEONARDA. (Yéndose.) Y el cielo os colme
de venturas.

JUAN GIL. Así sea.

(Vase Leonarda foro derecha cerrando la puerta tras sí y simultáneamente sale Don Pedro por la izquierda.

ESCENA II

JUAN GIL, DON PEDRO.

PEDRO. Bien, Juan Gil. Vas más deprisa
de lo que yo me pudiera
imaginar. Esta tarde
daremos cima á la empresa.

JUAN GIL. Señor, vos lo habéis querido
así.

PEDRO. Pedíle licencia

al Rey para que mi marcha
retrasara; el rey me deja
tres días más en la corte,
y pues tú los aprovechas
tan bien, mi venganza cumplo
para gozarme con ella.

JUAN GIL. ¿Cuál es vuestro plan?

PEDRO. La niña,
engañada por la dueña
vendrá; leerá tu billete
el conde; al ver que don César
es amante de su hija
y á su casa se la lleva,
correrá tras ella airado,
y cuando aquí la sorprenda,
ó á Laura casa contigo,
¡con mi lacayo! ó la encierra
en un convento; y yo logro
triunfar de entrambas maneras.
Aquí enfrente, en el palacio
del duque de Olmedo, hay fiesta;
yo esperaré la llegada
de mi víctima en la puerta,
y en cuanto me halle seguro
de que en la casa penetra,
á damas y caballeros
contaré la historia entera.
Por el olor del escándalo
vendrán, y será la ofensa
tan grande que admire el mundo
cómo don Pedro se venga.

JUAN GIL. Señor, yo la adoro.

PEDRO. Bueno;
así es más fácil que puedas
hacerla feliz.

JUAN GIL. Dejadme
más tiempo para vencerla
con otras artes.

PEDRO. ¡Imbécil!
¿A tal punto la nobleza
prestada te ensoberbece
que ser caballero piensas?

JUAN GIL. Es que...
PEDRO. Lo juré y lo cumplo.
Abre ese armario. En él deja
capa, sombrero y espada
y vístete tu librea.
JUAN GIL. ¿Qué intentáis?
PEDRO. Para mi objeto
es necesario que vuelvas
á ser lacayo.
JUAN GIL. Obedezco.
PEDRO. Y escucha. Es fácil que tengas
que huir con tu dama, ¿entiendes?
JUAN GIL. Quiéralo Dios.
PEDRO. Dios lo quiera.
De aquí á poco vendrá un hombre
preguntando por don César
de Bazán.
JUAN GIL. Que soy yo.
PEDRO. Claro.
Te entregará una talega
con oro; como te plazca
dispón del criado y de ella
para preparar tu fuga.
JUAN GIL. Lo haré así.
PEDRO. Y haz que dispuesta
esté una silla de postas
en el sitio que tú creas
mejor.
JUAN GIL. Pues aún queda tiempo,
iré yo mismo á escogerla
si queréis. (Cierra las puertas laterales y la del foro izquierda.)
PEDRO. Sí; sal conmigo,
y en seguida aquí de vuelta.
JUAN GIL. Señor, ¡que Dios nos perdone!
PEDRO. Amén; salgamos y cierra.
¡No dirán que no procuro
que la corte se divierta!
(Vanse por el foro derecha. En cuanto han cerrado la puerta, cae por la chimenea D. César, roto y maltrecho, y queda acurrucado y sin atreverse á salir.)

ESCENA III

DON CÉSAR.

Seguid hablando, señores,
no estorbará mi presencia
más que el tiempo necesario
para topar con la puerta. (Sale á gatas.)
¡Calle! No hay nadie. Aprovecho
la ocasión. (Se dirige á la puerta foro derecha, que encuentra cerrada.)
¡Hola! Aquí cierran
cuando se van. Les alabo
el gusto. (Reconociendo la habitación con la vista.)
¿Qué casa es ésta?
(Gritando.) ¡Hola, vecinos! (Pausa.) Silencio.
Mejor; así no me pescan.
¡Uf! Me he deshecho la ropa,
y hay que buscar otra nueva.
Verdad que ha sido un milagro
que quede lo que me queda;
me agarran los alguaciles,
me zambullen en la trena,
digo quién soy, no me atienden,
amenazo, me desprecian,
pido de comer, se burlan,
pido de beber, se niegan
y con hambre, sed y sueño
me tienen las horas muertas.
Por fin me sacan, y dicen
que de orden del rey me llevan
no sé dónde; doy un salto,
me meto por una puerta,
subo, asustando vecinos,
á la guardilla, una vieja
intenta cerrarme el paso,
la arrojo de un golpe en tierra
y al punto por un boquete
me encuentro sobre las tejas.
Corro, subo, bajo, brinco

destrozándome las piernas,
y después de andar á gatas
sobre Madrid cuatro leguas
me zampo en ese agujero,
y aquí tenéis á don César
de Bazán, grande de España,
metido en la ratonera,
jadeante, hambriento, roto
y esperando que le prendan.
(Gritando.) ¡Pero aquí no hay nadie! (Pausa.) Nada;
visto está que no contestan.
Reconozcamos el campo,
que es lo primero en la guerra. (Abre el armario.)
¡Hola! Una capa magnífica. (Saca la que dejó Juan Gil.)
En cuanto el dueño aparezca
voy á proponerle un cambio.
Entretanto me la presta. (Se la pone y deja la suya en el armario.)
Un sombrero. (Idem.) Que parece
hecho para mi cabeza.
Hete que sólo una espada
me falta. (Sigue registrando.
Quien busca encuentra. (Saca la que dejó Juan Gil y se la ciñe.)
Venid, hoja de Toledo,
y adornadme con licencia
de quien os compró Yo os juro
que os ha de honrar quien os lleva.
(Se pasea contoneándose.)
¡Ea! Ya me encuentro digno
de toda mi parentela,
y no podrá avergonzarse
mi buen primo en mi presencia.
Continuemos el registro. (Abre la alacema.)
¡Tate! Los hados se empeñan
en protegerme... Pan, queso,
carne asada y dos botellas.
(Saca lo que va diciendo, un cuchillo y un tenedor y lo coloca todo rápidamente sobre la mesa.)
Siento no tener á mano
á quién pedirle licencia, (Se sienta)
pero el amo de la casa

tiene su sitio en la mesa
y me hará el honor, si viene,
de aceptar una fineza. (Destapa una botella y huele.)
¡Hola! De Alaejos eres,
hijo. Bien venido seas.
(Echa un trago. Cuando tiene la botella en alto aparece por el foro el Conde de Orduña.)

ESCENA IV

DON CÉSAR, EL CONDE DE ORDUÑA.

ORDUÑA. ¿Don César de Bazán?
CÉSAR. ¡Pronto
me prenden. Entre quien sea. (Se adelanta Orduña.)
¿Qué me queréis? (Sin dejar de comer.)
ORDUÑA. (Mirándole atentamente.) A vos nada.
CÉSAR. Perdonad que no os entienda.
¿Por qué me buscáis entonces?
ORDUÑA. Digo que busco á don César
de Bazán.
CÉSAR. Pues yo soy ése.
ORDUÑA. ¡Mentís!
CÉSAR. ¡Pardiez! Si no fuera
porque el acallar el hambre
es más urgente tarea
que la de espantar mosquitos,
yo os daría la respuesta.
ORDUÑA. Comprendo. Don César tiene
miedo, y en su puesto os deja
para detenerme. Pronto,
¿quién mandó esta carta? (Presentándole una.)
CÉSAR. (Tomándola.) Venga.
ORDUÑA. Ved.
CÉSAR. (Leyendo.) «Laura mía: Os espero
en mi casa, que es ya vuestra.
César de Bazán.» (Devuelve el billete.) ¡Mi nombre

han tomado!

ORDUÑA. ¿Quién?

CÉSAR. (Sin dejar de comer.) Cualquiera.

ORDUÑA. Creo que os estáis burlando.

CÉSAR. Bien, creed lo que os parezca.
¿Gustáis?

ORDUÑA. Y sabed que pronto
se me acaba la paciencia.

CÉSAR. Bebed y tranquilizaos.

ORDUÑA. Ignoro qué intriga es ésta.

CÈSAR. Y yo también.

ORDUÑA. Pero el que esto
escribió, mi honor afrenta.

CÉSAR. Si vos lo decís...

ORDUÑA. ¡Y debe
morir!

CÉSAR. ¿Quién?

ORDUÑA. Vos, ó quien sea.

CÉSAR. ¡Cuidad de no ser el muerto!

ORDUÑA. En esa calle desierta,
tras esta casa, os aguardo.

CÉSAR. Cuando dé fin á esta pierna
de carnero, iré á serviros.
¡Me muero por las pendencias!
(El de Orduña se acerca gravemente, desnuda su espada y la mide con la de D. César.)

ORDUÑA. Son iguales. (Se dirige hacia el foro derecha.)

CÉSAR. Me parece
algo más larga la vuestra,
pero no importa. Id, que buenos
cintarazos os esperan. (Saluda el de Orduña y vase.)
¡Buen postre el viejo me brinda! (Bebe.)
Es decir, que á mí me encierran
y emplean mi nombre honrado
para seducir doncellas...
¡Oh, amado primo! Os conozco.
¡Esta es la trama perversa
de que me hablabas! Por suerte
cayó por la chimenea
este pájaro, con uñas
y pico para romperla.
Por si acaso, déme auxilio
el de Alaejos.

(Vuelve á empinar la botella en el momento en que aparece Diego en el foro izquierda, con un taleguito de dinero en la mano ó al hombro.)

ESCENA V

DON CÉSAR, DIEGO.

DIEGO. ¿Don César
de Bazán?
CÉSAR. ¡Otro! Adelante.
¡Ni echar un trago me dejan!
DIEGO. Aquí os traigo lo ofrecido.
CÉSAR. Justo, y lo ofrecido es deuda.
DIEGO. ¿Ya sabéis?...
CÉSAR. Sí, lo sé todo.
Dinero, ¿eh?
DIEGO. Y en monedas
de oro. ¿Lo esperabais?
CÉSAR. ¡Claro!
¡Hombre! eso ¿quién no lo espera?
DIEGO. Contadlo.
CÉSAR. ¿Yo? ¡Dios me libre!
Me fío de ti. Anda, echa
un trago y vete.
DIEGO. Tal honra...
CÉSAR. Sin remilgos. (Bebe Diego.) (Por si fuera
destinado á alguna infamia,
que veo próxima y cierta,
quitemos al enemigo
sus armas.) (Pone el talego á su lado y sigue comiendo.)
DIEGO. ¿Vuestra excelencia
no tiene más que mandarme?
CÉSAR. Nada.
DIEGO. (Con misterio.) Me dijo en reserva
quien me envía... ya sabéis
quién.
CÉSAR. ¿Dudas de que lo sepa?
DIEGO. Que me hariais un encargo.
CÉSAR. ¡Ah, sí! Aguarda. ¡Qué cabeza

la mía! Toma otro sorbo.

DIEGO. Señor... (Vuelve á beber Diego. Pausa.)

CÉSAR. (Ya tengo la idea.
Protegeré á los amigos.)
Vas al punto á una calleja
que hay al acabar la calle
Mayor, á mano derecha,
y en una casita baja
que tiene un Cristo á la puerta
preguntas por la Pelona,
ya verás, una real hembra;
la saludas con respeto
en nombre mío y la entregas
esto. (Le da un puñado de monedas, que Diego guarda en uno de los bolsillos.) Luego vas al puente
de Segovia, y á la izquierda
del lado de acá del río,
en la última taberna,
buscas á Pablo Garduña,
que tiene un chirlo en la ceja
y le das esto (Otro puñado de monedas, que Diego guarda en otro bolsillo.) ¡Vé á escape,
que á tu señor le interesa
el negocio.

DIEGO. Iré al momento.
Dios os guarde.

CÉSAR. Y él te tenga
de su mano. (Vase Diego.) A mí debía
remorderme la conciencia,
pero don César lo gasta,
pues se lo dan á don César.
Pero ¿qué endiablado lazo
tenderán aquí? ¿Quién entra?

ESCENA VI

DON CÉSAR, JUAN GIL.

JUAN GIL. ¿Qué hacéis aquí?

CÉSAR. (Volviéndose rápidamente.) Lo que quiero.

JUAN GIL. (¡Don César!)

CÉSAR. ¿Qué hay, buena pieza?

JUAN GIL. No os conozco.
CÉSAR. Yo á ti mucho,
y tenemos una cuenta
que arreglar.
JUAN GIL. ¿Vos y yo?
CÉSAR. Justo,
la de los corchetes.
JUAN GIL. Esa
es de la justicia. Corro
á llamarla. (Intenta salir. Don César le detiene, desnudando la espada.)
CÉSAR. No te muevas
ó en esa pared clavado
como un murciélago quedas.
Responde. ¿Qué trama ha urdido
tu amo?
JUAN GIL. No sé.
CÉSAR. No mientas.
¿Quién enamora á las damas
con el nombre de don César?
JUAN GIL. Lo ignoro.
CÉSAR. Pero á lo menos
sabrás quién habita en esta
casa.
JUAN GIL. ¿Y á vos qué os importa?
(Estoy perdido.)
CÉSAR ¡Hola! ¿Empiezas
á subírteme á las barbas?
Pues para ver si te acuerdas
de todo, pasa á ese cuarto (El de la izquierda.)
JUAN GIL. ¿Yo? ¡Jamás!
CÉSAR. (Amenazándole con la espada.) ¡O mueres, ó entras!
JUAN GIL. (¿Cómo avisar á don Pedro?)
CÉSAR. ¡Pronto! (Empujándole violentamente hacia la puerta.)
JUAN GIL. (Resistiendo.) ¡Favor!
CÉSAR. (Haciéndole entrar.) A otra puerta. (Cierra la puerta con llave.)
Así ya es algo difícil
que mi señor primo sepa
que su plan está deshecho...
Ahora, andando á la calleja
á que el viejo hable más claro,
sin miedo de que me prendan,

pues de Alonsillo Garrafa
ni sombra ni rastro quedan.

(Se dirige al foro derecha, y al llegar á la puerta se detiene, oyendo dentro la voz de Leonarda.)

LEONARDA (Dentro.) Entrad sin miedo.
CÉSAR. ¿Eh? Sin duda
la niña cándida y tierna
que en la red tendida viene
á caer. Quieto, don César;
entre salvarme y salvarla,
¡qué diablos! primero es ella.

(Se aparta á un lado, cubriéndose el rostro con el embozo, y entran Leonarda y Laura, sin verle.)

ESCENA VII

DON CÉSAR, LEONARDA, LAURA (con mantos).

LEONARDA Pasad, señora.
LAURA. Temblando
llego, Leonarda.
LEONARDA Os espera
una joven desdichada
que os llama.
CÉSAR. (Adelantándose y descubriéndose) ¡Miente la dueña!
LEONARDA ¡Jesús!
LAURA. ¡Socorro!
CÉSAR. Señora,
sosegaos, que Dios vela
por vos, y me hizo, sin duda,
caer por la chimenea
para ayudaros.
LAURA. ¿Qué es esto?
LEONARDA Algún fantasma. ¡Estoy muerta
de miedo!
CÉSAR. (A Laura.) Huid en seguida;
esta casa es una cueva
de bandidos.
LAURA. ¡Cielos!
LEONARDA ¡¡Miente!
¿Y cómo estáis vos en ella?

CÉSAR. (A Laura.) Vais á caer en un lazo
preparado en las tinieblas
por quien perderos pretende.
LAURA. ¡Ah, don Pedro!
CÉSAR. Tal vez sea
el mismo.
LAURA. No me engañaba
el corazón.
CÉSAR. Y esta vieja
os vende.
LAURA. Y vos, caballero,
¿quién sois?
CÉSAR. Señora, don César
de Bazán.
LAURA. (Asombrada.) ¿Vos?
LEONARDA. Ya estais viendo
que miente.
CÉSAR. Yo tengo pruebas
de que otro mi nombre toma
contra vos; pero la afrenta
vengaré. Salid y pronto,
antes que el infame venga.
LAURA. Gracias, caballero. (A Leonarda.) Vamos.
CÉSAR. Perdonad. (Deteniendo á la dueña.) Esta se queda,
que en manos del enemigo
daréis, si salís con ella.
LAURA. ¡Dios mío!
CÉSAR. Tranquilizaos.
Tú, bruja maldita, espera
ahí dentro á los que te pagan.
(Empujándola hacia la puerta izquierda. Laura se interpone.)
LAURA. No entrará; ya vuestra idea
comprendo.
CÉSAR. (Altivo.) De mi hidalguía
dudáis... ¡Pronto habéis de verla!
¡Vamos! (Empujando á Leonarda.)
LEONARDA. ¡Salvadme, señora!
CÉSAR. Ahí encontrarás quien sepa
explicarte el lance. (Abre la puerta izquierda y hace entrar á Leonarda.)
LEONARDA. ¡Auxilio! (Don César cierra y guarda la llave.)

CÉSAR. Ahora... franca está la puerta.
Id tranquila, que á la espalda
llevaréis quien os defienda.
(Laura se dirige al foro derecha y al llegar á la puerta y mirar hacia dentro retrocede asustada.)

LAURA. ¡El! (Don César se acerca también á la puerta y también retrocede.)

CÉSAR. ¡Don Pedro! ¿Veis, señora?
¡Buscaba vuestra vergüenza!
Ocultaos. (Abriendo la puerta de la derecha.)

LAURA. (Entrando derecha.) ¡Ay, Dios mío!

CÉSAR. No tembléis, mientras don César
de Bazán, el verdadero,
la espada en el cinto tenga.
(Se oculta en la puerta del foro izquierda.)

ESCENA VIII

DON PEDRO, EL MARQUÉS DE BERNEDO, EL DUQUE DE ANDÚJAR, DAMAS Y CABALLEROS. Al fin EL CONDE DE ORDUÑA.

Música.

CABALL. Entrad despacio
sin hacer ruido,
que la pareja
no deje el nido,
y la sorprendan
los cazadores
en los arrullos
de sus amores.

DAMAS. Fuerte y dura la pena
tiene que ser
para el que así se burla
de una mujer.

CABALL. Hay que dar al castigo
mucho rigor
para la que indiscreta
mancha su honor.

DAMAS. La culpa toda
tiene el infiel.

CABALL. Si ella le adora,
¿qué ha de hacer él?
DAMAS. Cuando el conde sepa que la niña sale
y sin su licencia busca su galán,
va á venir furioso con espada en mano
y de los traidores descompone el plan.
CABALL. Cuando el rey conozca toda la aventura,
aunque oirá el relato con satisfacción,
va á decir lindezas de la pobre niña
que de tal manera pierde la razón.
DAMAS. La culpa toda
tiene el infiel.
CABALL. Si ella le adora,
¿qué ha de hacer él?
TODOS. Cuando sorprendidos
se vean los tórtolos,
de vergüenza acaso
morirán los dos.
Por la corte entera
correrá el escándalo;
¡Para los culpables
no hay perdón de Dios!
¡No, no!
¡No, no!
¡No hay perdón de Dios!

(Sale el Conde de Orduña y queda escuchando el diálogo siguiente en segundo término, confundido con los grupos.)

Hablado.

PEDRO. Señores, juré vengarme
y he logrado mi venganza.
Sabéis que por odio antiguo
me despreció doña Laura
de Orduña, y el rey por ella
lejos de Madrid me manda.
Recordaréis lo que os dije,
duque. (Al de Andújar.)
ANDÚJAR. Sí; vuestras palabras
recuerdo: «Será la amante
del perdido más canalla
que pueda hallarse en la corte».

PEDRO. Y pronto acerté. Hoy se escapa
del palacio de su padre
y á vivir viene á esta casa
con mi lacayo.

BERNEDO. ¿Es posible?

ORDUÑA. (Avanzando.) ¿Quién ha dicho tal infamia?

ANDÚJAR. (¡El conde! ¡Buena la hicimos!)

PEDRO. Yo, que dispuesto á probarla
estoy.

ORDUÑA. Espero la prueba
antes de que hable la espada.

PEDRO. La tendréis. Están los tórtolos
ocultos en esa cámara. (Señalando á la izquierda.)

ORDUÑA. ¡Vive Dios! (Airado dirigiéndose á él.)

PEDRO. Calma; ¿qué culpa
tengo de vuestra desgracia?
¡Abre, Juan Gil! (Golpeando en la puerta de la izquierda. Don César aparece resueltamente en la del foro izquierda y avanza hacia Don Pedro, Asombro de los demás.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. DON CÉSAR, luego JUAN GIL, LEONARDA, al final LAURA.

CÉSAR. (Riéndose con sorna.) No te canses,
primo, ni esperes que te abran.
Tengo yo la llave. (Enseñándola.)

PEDRO. (Retrocediendo al verle.) ¡César!

CÉSAR. El mismo. No me aguardabas,
¿verdad? Pues hete que vengo
á cumplirte la palabra
de sostener en tu ausencia
el honor de nuestra casa.

ORDUÑA. (A César.) Caballero, os he esperado
en vano.

CÉSAR. (Al Conde.) Tened cachaza,
conde, y dejad que concluya;
reñiremos cuando os plazca.
(A los demás.) Señores, vengo á deciros.

que don Pedro es un canalla.

PEDRO. ¡Villano! (Pretende abalanzarse á él. Los otros le detienen.)

CÉSAR. Aquí no hay corchetes
que me prendan por la espalda.
Él dió mi nombre á un lacayo
meditando una venganza
ruín, pero á tiempo me envía
el cielo á desbaratarla.

PEDRO. Miente, Conde.

ORDUÑA. Abrid la puerta. (Abre Don César.)

CÉSAR. Juan Gil, tu señor te llama. (Sale Juan Gil saludando humildemente.)

JUAN GIL. Aquí estoy.

PEDRO. (Al Conde.) Ved si decía
la verdad. ¿Con doña Laura
no estás en ese aposento? (Sale Leonarda compungida y llorosa.)

LEONARDA. Está conmigo.

ORDUÑA. ¡Leonarda!

PEDRO. ¿Qué es esto?

LEONARDA. Me han encerrado,
señor, ¡perdonad!

CÉSAR. Bien clara
está la intriga. Don Pedro,
por afrentar á una dama
que le despreció, ha fingido
con Juan Gil y esa criada
una aventura secreta.

ORDUÑA. ¿Y mi hija?

CÉSAR. En vuestra casa,
tan digna de vos como antes,
y libre de la asechanza
que la tendía un malvado.

ORDUÑA. (Á D. Pedro.) ¿Es eso cierto?

PEDRO. Me agravia
quien crea á un ladrón, que acaso
entró á robar en la estancia.

CÉSAR. ¿A robar yo? ¡Vuestro primo! (Burlándose.)

PEDRO. Gran amigo de *Uñas largas*.

CÉSAR. Y vuestro, que me avergüenza
mucho más.

BERNEDO. (No he visto audacia

como ella.)

PEDRO. Negad que míos
son el sombrero y la capa
que lleváis.

CÉSAR. Son de don César.

PEDRO. Lo confiesa.

CÉSAR. Y en España
César de Bazán hay uno,
el verdadero, el que os habla.

PEDRO. (Á Andújar.) La ropilla es vuestra, duque.

CÉSAR. Cierto, y si queréis cobrarla,
cuando acabe con el conde
id á buscarme á las tapias
del Buen Retiro.

ANDÚJAR. Os prometo
romperla de una estocada.

CÉSAR. Lo sentiré, porque abriga
bastante.

PEDRO. ¿Lo véis?

CÉSAR. ¡Eh! Basta.
Señores; mi casa es ésta.
Conmigo traje á una dama
á quien adoro, y ahora
me permitiréis que salga.

ANDÚJAR. (Á Bernedo.) No entiendo el embrollo.

BERNEDO. (Á Andújar.) Y nadie
puede entenderlo.

PEDRO. (Al Conde.) Miradla
despacio y veréis que es ella.

JUAN GIL. (Á Leonarda.) Callemos, para salvarla.

(Don César abre la puerta lateral derecha y por ella sale Laura cubierta con el manto.)

CÉSAR. Salid sin miedo, señora,
y alejaos. Yo mañana
iré á pedir vuestra mano
si me dáis licencia (Vase Laura, á quien Don César acompaña hasta el foro derecha.)

PEDRO. ¡Aguarda!
¡Es preciso que descubra
el rostro!

ORDUÑA. ¡Mi honor lo manda!

CÉSAR. Y yo por el mío, conde,
juro que no es doña Laura.

PEDRO. No tiene honor un bandido.
¡Sigámosla!

ORDUÑA Y TODOS. ¡Sí, sigámosla!

(Todos se dirigen tumultuosamente á la puerta del foro derecha, por donde ha desaparecido Doña Laura. Don César desnuda rápidamente la espada, y plantándose con audaz ademán en la puerta, los detiene.)

CÉSAR. Como queráis. ¡Pero cuesta
la vida el verla la cara!

Música.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.
El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.
La gente menuda, ídem íd. íd.
El baile de máscaras, ídem íd. íd.
Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero
La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.
La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
La moral casera, comedia en dos actos y en verso.
La lavandera, sainete en un acto y en verso.
Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La obra, juguete cómico en un acto y en verso.
El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.
El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.
El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.
El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.
La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.
El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.
Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.
La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.
La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.
Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.
El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La espuma, comedia en un acto y en prosa.
El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.
Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.
Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.
Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.
El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches y D. José López Silva, música del maestro Montesinos.
Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.
Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Esta obra se vende únicamente en el domicilio de la **Sociedad de Autores,** Florín, 8, bajo, Madrid.

Precio de cada ejemplar: **Una peseta.**